

LA SORIA DE ANTONIO MACHADO

Antonio Machado, andaluz por nacimiento y madrileño por decreto paterno, adoptó espontáneamente a Soria «como patria ideal»¹. En Soria transcurren sólo cinco años escasos de su vida, pero es este recoleto rincón castellano el que de veras palpita en lo recóndito de su ser. Nadie ejemplifica mejor que don Antonio el conocido y jactancioso adagio local que reza: «A Soria se llega llorando; y de Soria se sale llorando.» En efecto, allí llegó por accidente, en mayo de 1907, a tomar posesión de su cátedra de francés en el Instituto Masculino de Educación Media que hoy lleva su nombre; allí gestó *Campos de Castilla*²; allí encuentra y pierde a Leonor, que le acompañará eternamente —ya que Guiomar no pasa de ser la invención de un tardío destello—, y allí también se agota el poeta para dar paso al aprendiz de filósofo.

El proceso que se opera en la poética de Machado entre el intimismo inicial y la objetividad posterior, así como la recurrencia de temas, motivos e imágenes a lo largo de su producción, además de ser aspectos evidentes, han sido también muy estudiados³. Esa recurrencia, en gran parte, ha permitido a algunos dudar de la evolución de su poesía⁴. El propio poeta está consciente de ese cambio de derrotero cuando afirma que en *Campos de Castilla* sus ojos y corazón se orientaron «hacia lo esencial castellano» impulsado por preocupaciones patrióticas, por su amor a la naturaleza y por sus meditaciones sobre los enigmas del mundo y del hombre⁵. Sin necesidad de

1. En carta de 19 de agosto de 1932 a sus amigos sorianos, que lo eligieron hijo adoptivo ese año, Machado dice: «Nada me debe Soria, creo yo, y si algo me debiera, sería muy poco en proporción a lo que yo le debo: el haber aprendido en ella a sentir a Castilla, que es la manera más directa y mejor de sentir a España. Para aceptar tan desmedido homenaje sólo me anima esta consideración: el hijo adoptivo de vuestra ciudad ya hace años que ha adoptado a Soria como patria ideal.» JULIO CÉSAR CHÁVEZ: *Itinerario de don Antonio Machado* (Madrid: Editora Nacional, 1968), p. 320.

2. ANTONIO MACHADO: «Campos de Castilla», *Poesías completas* (Madrid: Espasa-Calpe, S. A., Colección Austral, undécima edición, 1966). Todas las citas de los versos de Antonio Machado que se hagan en este trabajo corresponderán a esta edición y se indicará la página entre paréntesis.

3. Sobre este proceso debe consultarse: GEOFFREY RIBBANS, «La poesía temprana de Antonio Machado. Primera etapa: *Soledades* (1903)», *Niebla y soledad* (Madrid: Editorial Gredos, S. A., 1971), p. 145.

4. RICARDO GULLÓN: «Las soledades de Antonio Machado», *Insula*, 158 (enero de 1960); y RAMÓN DE ZUBIRIA: *La poesía de Antonio Machado* (Madrid: Editorial Gredos, S. A., 1966), pp. 16-17.

5. MANUEL Y ANTONIO MACHADO: *Obras completas*, texto al cuidado de Heliodoro Carpiñero (Madrid: Editorial Plenitud, quinta edición, 1973), p. 742.

tomar al pie de la letra esta confesión, las cartas a Unamuno confirman que ese proceso de objetivación estaba en marcha antes de llegar a Soria, al experimentar lo que se ha calificado de «crisis de orientación poética que indudablemente correspondía también a una honda preocupación vital»⁶.

Soria es caja de resonancia, escenario único, factor desencadenante para la plasticidad anhelada. La emoción que pugnaba por objetivarse encuentra ahora el molde adecuado para convertirse en sustancia lírica. Soria fusiona, a modo de puente, la dilemática perspectiva machadiana del «doble espejismo»: la visión interior con la que ha vivido una realidad imaginada se amalgama con la exterior, con la física que ahora le toca vivir y contemplar. Esa yuxtaposición de realidades le permite aprehender la exacta realidad. Pero esa perspectiva castellana difícilmente hubiera podido hacerse tangible en Valladolid, Burgos o Avila a pesar de habersele calificado de «cantor de ciudades... romero infatigable de la geografía espiritual española...»⁷.

La mejor prueba de ese instantáneo flechazo soriano la tenemos en «A orillas del Duero», el primer poema netamente castellano incluido anticipadamente en *Soledades. Galerías y otros poemas*, que se publicó en 1907⁸. Es muy probable que lo escribiese a raíz de su llegada a esta ciudad a principios de mayo de ese año. Pero, aun cuando fuese a partir de octubre, al regresar de Madrid, el impacto es el mismo: allí captó la médula castellana. Los tópicos que poblaban su mundo interior inexperimentado se tornaban palpables, perceptibles, es decir, se transformaban. Soria fue la cantera castellana que le ofreció de inmediato la «cigüeña», el «campanario», la «torre», las «golondrinas», los «chopos de la carretera», los «álamos», los «verdes pinos» y «el río», el Duero auténtico de la auténtica Castilla. El paisaje anterior, el íntimo —no por eso menos valioso— elaborado a base de retoques simbolistas y parnasianos, toma cuerpo en contacto con el medio soriano. A partir de este momento tiene el poeta la ocasión de extasiarse ante «el caserón solitario»; de sentir los efectos del recién pasado «blanco invierno de nevascas y ventiscas» con «sus crudos soplos de infierno»; de divisar en «la azul lejanía» la nieve «de la montaña» y hasta de mostrar regocijo con «el sol que calienta un poquito la pobre tierra soriana». Es posible incluso que la proximidad del Convento de Clausura de las Madres Carmelitas Descalzas, fundado por Santa Teresa, lo haya impelido —impregnado de la singular atmósfera de la vieja ciudad— a calificar de «mística» a la primavera soriana. De todas formas, la estrecha comunión entre lo visto y lo sentido le arranca la emotiva explosión final: «¡Hermodiosa tierra de España!» (*Poesías completas*, p. 30).

6. GEOFFREY RIBBANS: «Poesía temprana de Antonio Machado: "Galerías y otros poemas"», *Niebla y soledad*, p. 207.

7. JULIO CÉSAR CHÁVEZ: *Itinerario*, pp. 25-26.

8. GEOFFREY RIBBANS: «La poesía temprana de Antonio Machado: segunda etapa: "Soledades. Galerías. Otros poemas (1907)"», *Niebla y soledad*, p. 180.

Esto demuestra que *Campos de Castilla* comienza en realidad en *Sole-dades*⁹ y que la inspiración de ese primer canto al Duero se produce en condiciones anímicas muy singulares tan pronto como el poeta pisa suelo soriano. Con razón se ha dicho que: «Aquí aprenderá a mirar hacia afuera, hacia el paisaje, hacia los grandes problemas nacionales...»¹⁰.

No creo que sea muy exagerado afirmar que la Soria de comienzos de siglo en la que vivió Machado distase mucho, en lo fundamental, de la moderna, no obstante los notorios adelantos actuales¹¹. Sigue siendo la más pequeña capital de las cincuenta que tiene España y su progreso se obtiene a costa de la despoblación del resto de la provincia, seria preocupación para todos sus gobernadores. La estructura de la ciudad es casi la misma cantada por el poeta, su topografía apenas ha sido alterada. Hasta muy recientemente el hospicio, por ejemplo, conservaba el mismo aspecto que él nos describe tan gráficamente:

Es el hospicio, el viejo hospicio provinciano,
el caserón ruinoso de ennegrecidas tejas
en donde los vencejos anidan en verano
y graznan en la noche de invierno las cornejas.

(*Poesías completas*, p. 80)

Así también el Centro de la Amistad «Numancia», el «casino provinciano» en el Collado, la arteria principal que entronca con la Alameda de Cervantes, recorrido habitual del pueblo en las tardes de estío; la «desierta plaza del Mirón»; las callejuelas angostas y retorcidas que se enlazan hacia la parte baja y desembocan en la senda preferida del poeta a lo largo del Duero, el hoy denominado «Camino de Machado»¹²; el discutido «olmo seco» a la entrada del «cementerio del Espino», donde reposa Leonor. Cementerio del Espino, motivo básico en la «Oda a Palacio», derroche de nostalgia, bien llamada «elegía sin rastro de autopiedad»¹³. Pero, aún más: en noche de verano es posible constatar la imagen que nos ofrece el poeta:

9. GEOFFREY RIBBANS, p. 180.

10. GEOFFREY RIBBANS: *La poesía de Antonio Machado antes de llegar a Soria* (Soria, España: Publicaciones de la cátedra Antonio Machado, 1962), p. 33.

11. Es necesario aclarar que en la actualidad Soria se moderniza notablemente bajo la égida de gobernantes locales y provinciales dinámicos y progresistas.

12. Una querrela provinciana sobre la construcción de la llamada carretera de circunvalación, una verdadera necesidad de la población, detuvo esta obra, porque se sostenía que su trazado afectaba considerablemente el «Camino de Machado». Como la desviación de esa carretera hacia el norte resultaba incosteable, el proyecto ha quedado en el olvido.

13. RICARDO GULLÓN: *Una poética para Antonio Machado* (Madrid: Editorial Gredos, S. A., 1970), p. 124.

Tienen las altas casas
 abiertos los balcones
 del viejo pueblo a la anchurosa plaza.
 En el amplio rectángulo desierto,
 bancos de piedra, evónimos y acacias
 simétricos dibujan
 sus negras sombras en la arena blanca.
 En el cénit, la luna, y en la torre,
 la esfera del reloj iluminada.

(*Poesías completas*, p. 93)

Es decir, la rectangular Plaza Mayor circundada por el Ayuntamiento y la Audiencia, con la misma torre y el mismo reloj y la misma esfera iluminada que sigue «dando la una».

Soria, a primera vista, no posee el encanto de otras coloridas ciudades españolas que conquistan de un zarpazo al visitante. Sin embargo, llama la atención que haya sido cantada por tres grandes poetas forasteros: Bécquer, Machado y Diego. ¿Qué misterioso efluvio pudo embrujar a esos tres magos del verso que proceden de Sur y Norte? El propio Machado tuvo que hacerse la pregunta cuando nos dice:

Sobre un paisaje mineral, planetario,
 telúrico, Soria, la del viento «redondo»
 con nieve menuda, que siempre nos da en
 la cara, junto al Duero adolescente, ca-
 si niño, es pura y nada más...¹⁴

La pureza soriana es la cualidad significativa. Así lo proclama el escudo de la ciudad; así lo destaca el poeta en sus conocidos versos:

¡Soria fría, Soria pura
 cabeza de Extremadura,
 con su castillo guerrero
 arruinado sobre el Duero;
 con sus murallas roídas
 y sus casas renegridas!

(*Poesías completas*, p. 96)

Gerardo Diego comprobó esa fusión entre el cantor y el motivo lírico cuando dijo:

14. ANTONIO MACHADO, citado por JULIO CÉSAR CHÁVEZ, *Itinerario*, p. 144.

Gracias a Antonio Machado, Soria ha pasado a ser definitivamente una de esas raras ciudades, una de esas escasas tierras habitadas para siempre por el genio de la poesía, un lugar ilusionante de peregrinación... La Soria de Antonio Machado le debe a su poeta nada menos que su más hondo ser, su conciencia de haber vuelto a nacer la misma y otra en brazos de la madre Poesía¹⁵.

La manifestación anterior, sin embargo, debiera interpretarse como una confesión, aplicable más bien a éste que a Machado, porque el verdadero cantor de Soria es, incuestionablemente, Gerardo Diego. Bécquer se vale de la topografía, de las ruinas, de la soledad, para evadirse al Medioevo como buen romántico. Sus conocidas *Leyendas sorianas*¹⁶ captan el misterio de la fuente, el rayo de luna en los arcos de San Juan de Duero o la batalla macabra la noche de difuntos entre mercedarios y señores en el Monte de las Animas, para dar rienda suelta a su febril imaginación. Machado, no obstante lo antes señalado, se apasiona más por el campo que por la ciudad. Es obvio que su fervor noventayochista lo compele a deleitarse —incluso a sufrir— al contacto con la naturaleza. Es, por supuesto, la naturaleza castellana —como todo hombre de la generación del 98— la que lo conmueve. Pero, por encima de esa toma de conciencia filosófico-política y de su inclinación panteísta, siente la naturaleza como expresión de belleza *per se*. Esas vivencias sorianas en sus cotidianas caminatas se trasladan al verso con pasmosa exactitud. Tal parece que materia y sustancia lírica son una y la misma cosa. Las «cárdenas roquedas» y los «montes de violeta» que matizan el paisaje soriano permanecen intactos, porque cualquier observador puede comprobar que las rocas siguen siendo cárdenas y los montes de color violeta. El acierto poético está en el realismo de la pintura, en la exactitud del vocablo apto para la justa descripción. Esas sugerencias plásticas las comunica la sensibilidad del hablante por medio de diversos planos visuales e imágenes de bulto, dinámicas o estáticas, y a través de colores cálidos, fríos, tibios, con densidad cromática, pesada o liviana¹⁷. La objetividad, el vínculo hablante-objeto, «yo-ello», tiene aquí uno de sus mejores ejemplos.

Gerardo Diego, en cambio, se decide por la ciudad. En su poesía se detecta la huella machadiana —que no tiene interés en ocultar—, pero su pupila se concentra, prácticamente, en el perímetro urbano. En *Soria y Soria*

15. GERARDO DIEGO, citado por JULIO CÉSAR CHÁVEZ, *Itinerario*, p. 153.

16. GUSTAVO ADOLFO BÉCQUER: *Leyendas sorianas* (Soria: Imprenta Las Heras, editadas por la Caja General de Ahorros y Préstamos de Soria, 1970).

17. RAFAEL PÉREZ CONTEL: *Sugerencias plásticas en la comunicación poética de Antonio Machado* (Soria: Publicaciones del Instituto Nacional de E. Media «Antonio Machado», 1970).

*sucedida*¹⁸ palpita la fisonomía de la ciudad «arbitraria», que ama como suya. Pero, con una no disimulada referencia a Machado, deja constancia de su diferente perspectiva cuando declara:

Si yo fuera pintor
no pintaría, Soria, tu yermo y tu pastor.
En mi paleta habría un rosa de rubor,
un amarillo agosto y un verde verdecido,
porque tienes la gracia de un país recién nacido.

(*Soria sucedida*, p. 21)

Soria y el campo castellano aledaño le vienen a Machado como de molde para reafirmar su personalidad solitaria. Esa soledad no proviene ya de una alquímica elaboración metafísico-poética, sino como expresión de una robusta vivencia:

¡Muerta ciudad de señores
soldados o cazadores;
de portales con escudos
de cien linajes hidalgos,
y de famélicos galgos,
de galgos flacos y agudos,
que pululan
por las sórdidas callejas,
y a la medianoche ululan,
cuando graznan las cornejas!

(*Poesías completas*, p. 96)

Y, en medio de esa desolación, la mirada introspectiva:

Yo en este viejo pueblo paseando
solo, como un fantasma.

(*Poesías completas*, p. 93)

La amalgama es tal que el poeta no acierta a discernir si la atmósfera que lo envuelve es evocación o vivencia, pero sí sabe que es expresión fidedigna de lo sentido, de lo anhelado. Por eso exclama:

¡Oh, sí! Conmigo vais, campos de Soria,
tardes tranquilas, montes de violeta,
alamedas del río, verde sueño

18. GERARDO DIEGO: *Soria y Soria sucedida* (Barcelona: Plaza y Janés, S. A., Editores, segunda edición, 1980). La cita que se haga corresponderá a esta edición.

del suelo gris y de la parda tierra,
 agria melancolía
 de la ciudad decrepita.
 Me habéis llegado al alma,
 ¿o acaso estabais en el fondo de ella?

(*Poesías completas*, pp. 97-98)

Si Diego es el cronista urbano Machado es el rural. Pero, eso sí, tiene éste especial empeño en que su visión de los campos castellanos lleve una inconfundible huella soriana. Es como si toda la región se condensara en lo local, en el entorno circundante. El poema «Campos de Soria» —título significativo dentro del genérico que da nombre a la colección— es todo un registro de sitios, elementos o rincones que hoy siguen saludando al visitante. Los chopos junto al Duero, relicarios de amor, a los álamos cómplices, que lo acompañarán más tarde en el recuerdo, pueden servir de ejemplo:

Estos chopos del río, que acompañan
 con el sonido de sus hojas secas
 el son del agua, cuando el viento sopla,
 tienen en sus cortezas
 grabadas iniciales que son nombres
 de enamorados, cifras que son fechas.

(*Poesías completas*, p. 97)

Conviene recordar que no siempre ese campo es evocación apacible de amorosas percepciones o mudo confidente de soledades. A ratos le sirve para expresar ira y dolor ante el presente vacuo en contraste con el pasado glorioso. Se perfila entonces el Machado panfletario, el noventayochista. Su segunda visión del Duero, por ejemplo, no lo lleva a aquilatar la hermosura española como en su visión primigenia, sino a la desesperación y al apóstrofe. Lo curioso es que la misma primavera soriana que tan grata le resultó a su llegada, ahora lo mueve en dirección contraria:

¡Oh, tierra ingrata y fuerte, tierra mía!
 ¡Castilla, tus decrepitas ciudades!
 ¡La agria melancolía
 que puebla tus sombrías soledades!

(*Poesías completas*, p. 83)

La frustración ante la mediocridad del presente y un futuro no menos halagüeño lo lleva a regocijarse con las glorias pretéritas, con el pasado imperial y absolutista, pero lleno de brillo y esplendor, sin detenerse a meditar si no fue, en gran medida, responsable de la degradación posterior. Postura noble ante el afán renovador que inspira a la Generación frente al gran Desastre, como acostumbran siempre a escribir con mayúscula sus miembros,

aunque no del todo convincente cuando se analizan los problemas españoles del siglo xx y, muy especialmente, las causas históricas que contribuyeron a la Guerra Civil de 1936. De todas formas, Machado se duele y se indigna cuando dice:

Castilla miserable, ayer dominadora
 envuelta en sus andrajos desprecia cuanto ignora.
 ¿Espera, duerme o sueña? ¿La sangre derramada
 recuerda, cuando tuvo la fiebre de la espada?

... ..

La madre en otro tiempo fecunda en capitanes,
 madrastra es hoy apenas de humildes ganapanes.

(*Poesías completas*, pp. 78-79)

Pero esa estrechísima relación entre Soria y su poeta no hubiera podido lograrse, al menos tan permanentemente, sin la figura de Leonor Izquierdo.

Recién llegado de Madrid, en octubre de 1907, la conoce niña; se casa con ella al poco tiempo y la pierde el 1 de agosto de 1912. A los pocos días, acompañado de su madre, Machado abandona Soria para siempre. Su dolor es infinito; piensa, incluso, en el suicidio. Pero Leonor le inspira las páginas más tiernas. Con la desaparición de la niña amada se agudiza su soledad y se revitaliza este tema lírico a través de la imagen de la muerte y la resurrección en sueños de la juvenil compañera. Ella, ausente, lo vincula aún más a Soria, hasta el punto de que se considera extraño en su tierra andaluza. Así lo declara enfáticamente: «—Yo tuve patria donde corre el Duero—» (*Poesías completas*, p. 315).

Leonor lo acompaña en esos soliloquios andaluces. En el sur se prolongan los felices paseos vespertinos sobre la margen del Duero:

¿No ves, Leonor, los álamos del río
 con sus ramajes yertos?
 Mira el Moncayo azul y blanco; dame
 tu mano y paseemos.
 Por estos campos de la tierra mía,
 bordados de olivares polvorientos,
 voy caminando solo,
 triste, cansado, pensativo y viejo.

(*Poesías completas*, p. 133)

El poeta vive ahora la realidad perdida, imaginada. Se abstrae del medio físico en que se sabe triste y solitario para disfrutar en el recuerdo del campo soriano junto a Leonor:

Soñé que tú me llevabas
 por una blanca vereda,
 en medio del campo verde,
 hacia el azul de las sierras,
 hacia los montes azules,
 una mañana serena.

(*Poesías completas*, p. 133)

De cierto modo se ha producido un retorno a la fase intimista que precedió su llegada a Soria, pero intensamente motivada por la presencia de Leonor, que lo acompañará siempre. Ni el tema ni el tiempo nos permiten desplazar nuestra atención hacia Guiomar. Baste tan sólo reafirmar que Leonor fue el único y verdadero amor de Antonio Machado. Guiomar —en pleno período crítico de la «midolecencia» del poeta¹⁹— debe considerarse, a lo sumo, como mera reanudación imaginaria en el tiempo del amor frustrado. Elucubraciones poéticas de Machado, Pilar de Valderrama y Concha Espina con el título tan discutido como desafortunado de su famoso libro²⁰, han contribuido a que se aminore el verdadero amor que él sintió por la soriana Leonor Izquierdo. La soledad, física y lírica de Machado se topó con la de Pilar, que sufría conflictos conyugales y, de cierto modo, reaccionó contra el marido infiel. La propia Pilar de Valderrama nos habla de estas invenciones románticas, citas, paseos y encuentros en el aposento segoviano²¹. También Machado parece confirmarlo cuando nos dice:

Hoy te escribo en mi celda de viajero
 a la hora de una cita imaginaria.

(*Poesías completas*, p. 278)

Y mucho más cuando se confiesa responsable de ese invento platónico:

Guiomar, Guiomar,
 mírame en ti castigado:
 reo de haberte creado,
 ya no te puedo olvidar.

(*Poesías completas*, p. 279)

El primer flechazo se lo da Soria. El segundo y último, Leonor.

Es curioso anotar que Machado se parcializa en su visión soriana. No quiere, o no puede, contemplar la ciudad como un todo homogéneo. La ve y

19. El autor desarrolla este tema en un artículo aún inédito que se publicará en octubre de 1983 en la *Revista Hispánica Moderna*.

20. Para la discutida relación amorosa entre Machado y Guiomar deben consultarse, entre otros: CONCHA ESPINA, *De Antonio Machado a su grande y secreto amor* (Madrid: Gráficas Reunidas, 1950); JOSÉ MARÍA MOREIRO, *Un amor imposible de Antonio Machado* (Madrid: Gargola, 1980); y PILAR DE VALDERRAMA, *Sí, soy Guiomar. Memorias de mi vida* (Barcelona: Plaza y Janés, Editores, 1980).

21. PILAR DE VALDERRAMA: *Sí, soy Guiomar*, pp. 45 y 89.

la canta en tanto en cuanto funciona como vehículo de sus emociones, frustraciones y angustias. La soslaya tan pronto se aparta de ese enfoque pre-determinado. Por eso no acertamos a comprender cómo y por qué el llamado «poeta del pueblo», el hijo del famoso folklorista don Antonio Machado Alvarez, hace caso omiso de las famosas fiestas de San Juan, de larga tradición pagana y el acontecimiento popular y democrático de mayor envergadura en esa ciudad. Hemingway se impresionó con San Fermín. Pamplona, en agradecimiento, le dedicó un busto. Machado, en cambio, se escapó a Madrid y a París como si le repugnarán. ¿Es que acaso latía en su subconsciente el palacio de Las Dueñas, señorial, elegante, con su patio sevillano, el huerto claro y el limonero? ¿Identificó, tal vez, estas espontáneas manifestaciones sorianas con «La España de charanga y pandereta» en pugna con la del cincel y la maza? ¿Se sintió incómodo ante «el mocito barbero» (p. 93), pretendiente de Leonor, quien con ventaja podía participar del jolgorio y competir con quien nunca pudo ser un «seductor Mañara o un Marqués de Bradomín? Intriga la cuestión y no acertamos con la respuesta. Mientras tanto, Soria se ufana, inútilmente, en hermanar a su poeta con las fiestas sanjuaneras apoyándose en una raquítica, esquelética mención de la que tanto se blasona cada año, único registro de esta festividad en toda la lírica machadiana:

Contigo en Valonsadero,
fiesta de San Juan,
mañana en la Pampa,
del otro lado del mar.

(Poesías completas, p. 195)

En conclusión, Machado amó a Soria, la del «viento redondo», la «pura y nada más», la austera, mística y tradicional; no la sanjuanera. La Soria capaz de *expresar* lo que bullía en su mundo íntimo, la que le otorgó a Leonor y la que se la arrebató para conservarla en el cementerio del Espino, donde actualmente se encuentra, lejos de Colliure, pero la que aspira, con legítimo derecho a que un no lejano día reposen también en suelo soriano los restos de su poeta predilecto.

ADOLFO M. FRANCO

University of Northern Iowa